

PRESENCIA DE LA PROVINCIA DE CIUDAD REAL
EN EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE
AMERICA

APUNTES PARA SU HISTORIA

Juan Antonio Martín de Almagro

Daimiel, marzo de 1.974

**PRESENCIA DE LA PROVINCIA DE
CIUDAD REAL EN EL DESCUBRI-
MIENTO DE AMERICA**

APUNTES PARA SU HISTORIA

**JUAN ANTONIO MARTIN DE ALMAGRO
Y
MARTIN GIL**

**Discurso para su ingreso en el Instituto de
Estudios Manchegos.**

**Que no llegó a pronunciar porque le
sorprendió prematura e inesperadamente
la muerte el 15 de Mayo de 1.974; trun-
cando así la gran ilusión que le hizo la
elección para miembro de dicho Instituto,
según confidencias hechas a un íntimo
amigo suyo de Daimiel.**

A nuestros hombres y a nuestra Patria aún no se les ha hecho justicia, ha escrito un prologuista anónimo en la edición a una serie titulada "Grandes Capitanes -Conquistadores de Indias", entre los que no está, desde luego, nuestro gran Diego de Almagro.

Pero dolorosamente hemos de reconocer que ni siquiera nosotros hemos intentado hacer justicia a uno de nuestros paisanos más preclaros, a un buen soldado y mejor capitán, Mariscal del Perú y Adelantado de Chile, y nos hemos resignado a pequeños retazos biográficos, muchas veces plagados de errores, permitiendo que quede relegado a ese lugar triste y de tercera clase en que la Historia sitúa a los personajes oscuros, inciertos, cuando no traidores.

Hemos de reconocer que pesa sobre nosotros el pecado de la ignorancia o del miedo a la defensa, que sería peor, y hemos permitido que los historiadores de última hora nos lo zarandeen implacablemente según el viento pizarrista descarado o encubierto, que soplaba no sólo de allende los mares, sino de tierras adentro: nosotros, que hemos nacido y vivimos en una tierra que, además de hidalga, es llana, atrevida y acogedora, la tierra de los grandes contrastes; nosotros, que sabemos de gigantes como molinos, de ejércitos como rebaños, de amores y penitencias, de ensueños y fantasías que toman cuerpo y ponen en nuestra vida espejismos de realidad y en nuestros puños el pomo de espadas enmohecidas; nosotros, que somos manchegos, hemos olvidado a los nuestros y hemos permitido que se les oscurezca, que se les traicione, que se les calumnie.

Causa pena este olvido. Y ésta complicidad de encogimiento de hombros. Y, lo que es peor, este asentimiento a quien nos ignora o nos ofende: olvido, complicidad y ofensas que duelen mucho más si vienen, no ya del otro lado de los mares, ni siquiera de tierras adentro, sino de nuestra propia

casa, porque en nuestra propia casa se han dado concesiones al error, tanto más abultado e imperdonable cuanto más de cerca nos llegaba.

Y yo creo, señoras y señores, que ésta y no otra es la razón de encontrarme hoy aquí: reivindicar la noble figura de don Diego de Almagro, iluminando su vida con la luz de sus buenas cualidades y virtudes, reclamando para él lugar preeminente en la historia, que siempre se le negó. Esto creo que es lo que el Instituto de Estudios Manchegos espera de mí y en ello empeño mi palabra, si Dios me asiste y me queda tiempo para ello.

Antes de proseguir debo expresar mi profundo agradecimiento a quienes hasta aquí me empujaron, cuando saben que va mejor conmigo la soledad sin ruidos, el trabajo sin descanso, el hacer y el callar, el compartir en la intimidad una ilusión y darle vida cuando todo es silencio y nada perturba la serenidad del juicio ni se ofusca la razón.

Pero aún creo que hay otra forma, si cabe más espectacular aunque no por eso menos efectiva, de expresar este mi agradecimiento a quienes de esta forma me han honrado: es una mayor promesa, la de rebasar la biografía de don Diego de Almagro y, paso a paso, llegar a realizar —o al menos intentarlo— una mayor aspiración, cobrando nuevos laureles para Ciudad-Real, añadir nuevos peldaños para colocar a nuestra Provincia en un lugar preeminente, en el lugar que le corresponde en la Historia de España, en esta gloriosa época del Descubrimiento y Conquista de América.

Mis objetivos, pues, son los siguientes: seguir paso a paso, hasta su agotamiento —si ello es posible—, la huella de nuestra Provincia de Ciudad Real en el descubrimiento y conquista de América, a través de sus hombres.

Porque Ciudad Real ha dado a España y después a América, entre otros muchos, los siguientes preclaros hijos:

1.—DON DIEGO DE ALMAGRO, MARISCAL DEL PERÚ Y ADELANTADO DE CHILE.

Nació en Almagro, hijo natural del hidalgo Juan de Montenegro, copero que era del Maestre de Calatrava Rodrigo Téllez Gilrón, y de Elvira Gutiérrez, que tenía promesa de matrimonio del dicho Juan de Montenegro. El año de su nacimiento se puede fijar entre 1475 y 1480. Fué criado por Sancha López del Peral, en Bolaños de Calatrava, según testimonio —entre otros— de Catalina López del Peral, hija de Sancha y hermana de leche, por tanto, de don Diego.

El hecho de que pasase algunos años de su infancia en Aldea del Rey y

cierto interés de don Diego de Almagro en ocultar sus poco agradables recuerdos de los años que vivió en Almagro, llevaron al célebre historiador Cieza de León a afirmar que era natural de Aldea del Rey. El mismo don Diego de Almagro, en el primer repartimiento de indios que se le dió en noviembre de 1522, dijo que era natural de Malagón, noticia recogida después por Zárate en su "Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú". Su amistad con Hernando de Luque, probablemente iniciada en Sevilla, dió lugar a que Gómara dijese que tal vez era hijo de un clérigo. Pero luego, en la intimidad de los amigos, don Diego de Almagro confiesa a Fernández de Oviedo y a don Alonso Enríquez de Guzmán que nació en Almagro y que no llevaba apellido paterno. Muchos años después, a punto de partir para el descubrimiento de Chile, envió a su secretario Juan de Espinosa a España y encargó una visita especial a su ciudad de Almagro, porque tenía deseos de saber algo de su pueblo, de sus familiares, de sus amigos. El mismo día de su muerte, don Diego recuerda a su ciudad natal y deja ordenado en su codicilo: "Iten mando que se gasten cuatro mill pesos de oro en comprar renta de la villa de Almagro de los reinos de Castilla, en la cual renta se haga é instituya una capellanía conforme a lo que yo tengo comunicado con mis albaceas, en el lugar é de la manera que con ellos tengo comunicado..."

Adolescente aún, entró a servir al licenciado Polanco, "alcalde de casa y corte en tiempo de los Reyes Católicos —dice un historiador—. Andando en este ejercicio se barajó con uno i le acuchillo", huyendo después y terminando por embarcar a las Indias en la armada de Pedrarias Dávila. En esa misma armada iban, entre otros, Hernando de Luque, Hernando de Soto y Sebastián de Belalcázar, que tan ligados a él iban a estar después.

Fué de los primeros pobladores de la ciudad de Panamá; participó en varias expediciones o "entradas", tales como las de Francisco de Vallejo, Gaspar de Morales, Vasco Núñez de Balboa, Luis Carrillo, etc., pero su actividad principal en aquellos primeros años fué la agricultura, la ganadería y las minas.

De sus cualidades como soldado, el cronista Pedro Pizarro recuerda a don Diego de Almagro como un magnífico rastreador de indios: "era un buen soldado —dice—, y tan gran peón que por los montes muy espesos seguía a un indio solo por el rastro, que aunque le llevase una legua de ventaja lo tomaba".

Cuando van a partir a descubrir lo que después se llamaría Perú, el inventario de los bienes de don Diego de Almagro, a los diez años de su arribada a Tierra Firme, podría ser éste:

a) En el Darién poseía ganado vacuno y porcino.

b) En Panamá poseía, además de los indios y ganado que había traído del Darién, 20 indios en la isla de Taboga; mitad de Chochama, pueblo que compartía con don Francisco Pizarro; 80 indios del cacique Tufy, y una mina junto al río Chagrex.

No ostentaba título de capitán, pero había mandado gente en muchas ocasiones.

Por sus asuntos comerciales era uno de los hombres indispensables del centro de radiación española que fué Panamá, según un moderno investigador. "Tenía amistad y relaciones comerciales con quienes vendían caballos, alimentos de boca, armas, cordeles, estopa e implementos por el estilo; con los armadores o arrendadores de barcos, con los truanescos enganchadores de hombres..."; sabía desenvolverse con habilidad y soltura entre los representantes de los poderes de gobierno y conocía perfectamente las técnicas de construcción y reparación de barcos.

Porras Barrenechea, en su afán de engrandecer a don Francisco Pizarro hasta convertirlo en ídolo, desdeña sin piedad a don Diego de Almagro, y le llama, en esta primera fase del descubrimiento, uno de tantos mercaderes y proveedores de la expedición. Hasta tal punto es inexacta esta afirmación que, después de compulsar crónicas e historias, probanzas y declaraciones de testigos, se puede llegar a la conclusión de que el descubrimiento del Perú, el éxito de la empresa en su primera etapa, se debe a la diligencia, al tesón y a la constancia de don Diego de Almagro, que, además de avituallar las expediciones, tuvo que mantener firme el ánimo de Pizarro, que desfallecía en dos ocasiones a causa de las grandes penalidades pasadas; pero, sobre todo, tuvo que habérselas con Pedrarias, que había ordenado el regreso de Pizarro, y con Pedro de los Ríos, que en vez de ayuda, le propinó con el decreto de una información que duró desde junio a noviembre de 1527, y en la que don Diego de Almagro demostró su gran temple de soldado y su extrema habilidad cortesana.

Don Francisco Pizarro, ante el Emperador Carlos V, olvidó a su amigo y compañero y ello ocasionó en don Diego de Almagro tan gran descontento que decidió abandonar la empresa; pero, al fin, los buenos oficios de sus amigos y las promesas de su socio hicieron crecer en él sus ansias de servicio en ese descubrimiento a un Emperador que sólo sabía de él lo poco que le había contado su socio.

Don Diego de Almagro tuvo un lugar muy destacado, preeminente, en la conquista del imperio de los Incas, y nada tuvo que ver en la muerte que

Pizarro dió a Atahualpa, a pesar de que determinados historiadores hacen recaer sobre él toda la responsabilidad. Existen sobradas pruebas documentales para ésta y para todas las afirmaciones que hasta ahora he hecho y seguiré haciendo a lo largo de este discurso, pero han de quedar reservadas, en gracia a la brevedad, para una biografía crítica en la que estoy comprometido.

Si don Diego de Almagro, hasta aquí, ha dado pruebas de ser un gran soldado, un indispensable preparador, y, sobre todo, un hábil diplomático, de ahora en adelante se va a agigantar su figura, según vayamos penetrando en su vida y en sus hazañas.

Cuando don Pedro de Alvarado amenaza el naciente reino del Perú, dirigiendo su numeroso y bien pertrechado ejército hacia Quito, es don Diego de Almagro quien, tomando la iniciativa, se dirige con muy pocos hombres y a marchas forzadas en busca de Sebastián de Belalcázar, que estaba por allí en nombre de Pizarro, para asumir el mando de las tropas que tenía, consiguiendo, al mismo tiempo que demostrar la lealtad de Belalcázar, alegar posesión de aquellas tierras de Quito, fundando para ello las villas de Santiago y de San Francisco de Quito. Con su acostumbrada habilidad supo atraerse a todo el ejército de don Pedro de Alvarado y conseguir de él, mediante la entrega de cien mil castellanos, que se volviese a Guatemala, quedando en el Perú todo su ejército, escuadra, armas y pertrechos. Este acuerdo debía hacerse efectivo en Pachacama, donde aguardaba don Francisco Pizarro, con la natural impaciencia y temor, el resultado de esta invasión de don Pedro de Alvarado.

Este gran servicio de don Diego de Almagro a la causa del Perú, fué premiado por don Francisco Pizarro entregándole, con plenos poderes, la gobernación de Cuzco y su región, así como con un nuevo pacto en el expresamente se decía que hacían "compañía universal de todos nuestros bienes, cuantos habemos é tenemos".

Aún no había tomado posesión del Cuzco don Diego de Almagro cuando llegaron noticias de España por las que se decía que don Diego había obtenido la concesión real de la gobernación de la provincia de Nueva Toledo, que después se llamaría Chile, en reconocimiento de los servicios que este ilustre manchego había prestado a la Corona de Castilla: servicios reconocidos, no por la gestión de Hernando Pizarro, sino de Sosa y Cristóbal de Mena, comisionados secretos de don Diego de Almagro.

Don Francisco Pizarro, al tener conocimiento de esta concesión, trató de ocultarla hasta que regresase de España su hermano Hernando, pero no pudo impedir que la noticia volase hasta don Diego de Almagro. Ambos conquistadores dirigieron inmediatamente su pensamiento hacia el Cuzco, ciudad cuya posesión habría de ser la causa de una cruel guerra civil, que ter-

naría más tarde con la muerte de los que hasta hacía poco tiempo habían sido inseparables amigos.

Por los términos de la capitulación, don Francisco Pizarro sospechó siempre que el Cuzco entraba en la gobernación de don Diego de Almagro. Don Diego de Almagro, por su parte, creyó lo mismo y determinó que no era lógico tomar posesión del Cuzco como gobernador de Pizarro, sino como gobernador del Rey, ya que el Cuzco le pertenecía por decisión real.

Después de un grave incidente con Juan Pizarro, hermano de Francisco, que no desembocó en lucha sangrienta entre ambos bandos gracias a la intervención de Hernando de Soto, don Francisco Pizarro llegó al Cuzco, se dirigió a la Iglesia y allí esperó a don Diego de Almagro. Ambos se reprocharon sospechas, incertidumbres y temores, pero una vez más la docilidad de don Diego de Almagro y sus grandes deseos de servir al Rey hicieron rebrotar la sombra de lo que fué entre ellos una uténtica amistad. Don Francisco Pizarro recriminó a los suyos y don Diego de Almagro dió muestras de su gran lealtad. Entonces fué cuando juraron, poniendo a Dios por testigo, sobre el ara y después del *pater noster* de la misa oficiada por el padre Bartolomé de Segovia, mantener su antigua amistad y compañía, "y suplicamos a su infinita bondad, que a cualquier de nos que fuere en contrario de lo así convenido, con todo rigor de justicia permita la pérdida de su ánima, fin y mal acabamiento de su vida, destrucción y pedimento de su familia, honras y hacienda...", juramento que sobrecoge, sobre todo conociendo el fin que ambos conquistadores tuvieron, pero que no dejó de producir una íntima satisfacción en don Diego de Almagro al escuchar, al principio de la lectura de este solemne juramento, que se decía: "Nos don Francisco Pizarro, Adelantado, Capitán General y Gobernador por Su Majestad en estos reinos de la Nueva Castilla, y don Diego de Almagro, asimismo Gobernador por Su Majestad en la Provincia de Toledo...", título que los igualaba ante el Rey.

La jornada de Chile nos revela a un estratega notable, no solo por su organización, sino por su marcha a través de las grandes y nevadas cordilleras de los Andes. Organizó, tanto su penetración como su retirada de Chile, como lo haría hoy el más experto general: "Militar cien por ciento", le llama un comentarista contemporáneo desapasionado.

Envió en descubierta a Paulo Tupac, hermano del Inca, y al gran Sacerdote del Templo del Sol, Villac-Humu, para que con otros muchos indios notables y de carga, le abriesen el camino, trayendo a las tribus de paz: les acompañaban tres soldados de a caballo. Juan de Saavedra salió inmediatamente después con 100 hombres; don Diego de Almagro los siguió

con doscientos; Noguero de Ulloa llevaba cincuenta hombres y se unió a Juan de Saavedra y a don Diego de Almagro en Chicaoana; una expedición marítima, poco conocida, que traía cien hombres con Ruy Díaz, llegó dos meses después: estaba compuesta por tres navíos, el **Santiago**, el **San Cristóbal** y el **San Pedro**, todos propiedad de don Diego de Almagro; en esta expedición, con Ruy Díaz, llegaba también su hijo Diego; Rodrigo Orgóñez, nombrado Lugarteniente de la expedición descubridora, los siguió después con veinticinco hombres; por último, Juan de Rada aportó cien hombres más, cuando ya se había determinado el regreso al Cuzco.

La retirada del fracasado intento de Chile se hizo por el desierto de Atacama, para evitar las nieves de los Andes, y la organizó de esta manera; envió jinetes, con indios, para ir rehabilitando los pozos del desierto de Atacama, que se encontraban secos, cegados o cenagosos; distribuyó la gente en pequeños grupos, que marcharon separados, a una jornada de distancia; se cargaron en llamas odres llenos de agua, hechos de pieles de animales —las llamas, al mismo tiempo que servían de carga, servirían de alimento—; las jornadas se hicieron muy cortas, "para que no se cansaran las llamas ni los indios"; don Diego de Almagro salió el último, de Copiapó, y llegó el primero a Atacama, ya que fué adelantado a todos los grupos para mantener el orden y proveer; un buque fué por la costa, para prestar ayuda.

Corría el mes de septiembre de 1536.

Don Diego de Almagro, en su retirada, no perdió ni un solo hombre.

Se han lanzado graves acusaciones contra don Diego, llamándole cobarde por su abandono de la empresa de Chile.

Nada más incierto.

Cuando don Diego de Almagro determinó su retirada de Chile y vuelta al Cuzco, ya habían regresado de sus respectivas misiones de reconocimiento; Gómez de Alvarado, que con setenta jinetes y veinte infantes había recorrido ciento cincuenta leguas hacia el Sur; el **San Pedro**, que con sesenta hombre y un capitán sólo había conseguido avanzar seis leguas en veinte días; El **Santiago** había ido a apoyar a Gómez de Alvarado; otra expedición había llevado la misión de adentrarse en la cordillera para encontrar un paso hacia la otra banda; el mismo don Diego de Almagro recorrió regiones vecinas al valle de Aconcagua.

La información de todos sus capitanes fué que no se encontraba oro y que la mejor solución sería el regreso al Cuzco.

En la decisión de retirarse de Chile hubo unanimidad y don Diego de Almagro, un tanto abatido y albergando la ilusión de volver, hubo de resignarse y regresar. Habían influido en él la pobraza de lo descubierto y explorado, la certeza que tenía de que el Cuzco entraba en su gobernación y las alarmantes noticias, ya confirmadas, de la sublevación de los indios en el Perú: Lima y el Cuzco estaban cercados: don Francisco Pizarro, tal vez muerto; los pocos españoles que quedaban, en situación crítica... ¡ Y él aún tenía un ejército que se aproximaba a los quinientos hombres...!

Había que volver al Perú.

Pero antes, como una prueba más de su espíritu grande, generoso y magnánimo, "quemó todas las obligaciones y escrituras que contra ellos tenía así les ganó la voluntad que dudo haber señor en el mundo que tal liberalidad haya hecho". Don Diego de Almagro les "soltó ciento y cuarenta mil pesos de oro que a él le debían... y rompió delante dellos las obligaciones..., y se obligó de pagar ochenta mil pesos de oro que la gente debía y otras personas particulares y con ésto los pudo volver..." Estas deudas procedían de los préstamos que don Diego les había hecho en el Cuzco para pertrecharse para la jornada.

Se ha llamado traidor a nuestro bravo capitán. Traidor porque entró en el Cuzco a mano armada, traidor porque no cumplió pactos, traidor porque redujo a prisión a los hermanos Pizarro y luego, después de su victoria en Abancay, a don Alonso de Alvarado.

Pero ni don Diego fué traidor, ni son exactas las versiones pizarristas de los hechos. Afortunadamente han llegado hasta nosotros multitud de documentos, muchos de ellos recogidos por Cieza de León en su Guerra de las Salinas, en los que está patente que don Diego de Almagro mantuvo siempre, por encima de todos los acontecimientos, su lealtad al Rey y a su socio don Francisco Pizarro. Por éso no mandó a la horca a Hernando Pizarro; por éso fué engañado por su socio en cada pacto que se firmaba; por evitar la guerra, que disgustaría al Rey y causaría muertes de españoles, se fué retrayendo hacia el Cuzco; la villa de Almagro, que él fundó junto al mar, en recuerdo de su Almagro de Calatrava, fué el cuartel general de su diplomacia y de todos sus intentos por mantener la paz; por éso esta villa de Almagro fué destruida con saña por los Pizarro.

Luego, ya en la cárcel, después de la batalla de las Salinas, fué objeto de tormento, burla y escarnio por parte de Hernando Pizarro. Bajo el engaño de que nada se haría contra él, cuando ni las calzas se podía cambiar, don Diego de Almagro recibió la noticia de su próxima muerte

con la sorpresa y la perplejidad de quien no esperaba nada semejante. En caso tan extremo, don Diego de Almagro que había perdido un ojo en su lucha contra los indios; que tenía en su cuerpo más cicatrices que años; don Diego de Almagro, que fué parte principalísima, indispensable, en la gloria y fortuna de los Pizarro; don Diego de Almagro, Mariscal del Perú y Adelantado de Chile, por su Majestad, viejo y enfermo de muerte hasta el punto de decir a Hernando que "qué bien le podía venir con su muerte, ni qué mal se le podía recrecer con su vida, pues su cansada vejez estaba tan fatigada e trabajada que, según razón, podía vivir poco"; don Diego de Almagro, en esas circunstancias, rechazaba su muerte, pero sólo porque le vendría de quien no tenía autoridad sobre él, y le pidió, suplicante, que "lo enviase al Gobernador, y que si por su mano le viniese la muerte, que él la recibiría y se conformaría con la calamidad de su fortuna, y si le diese la vida haría lo que debía a su amistad".

Pero le fué denegado todo, incluso la apelación al Rey.

Y fué ajusticiado en el mismo cubo en que estaba preso. A su cadáver, ya en la plaza pública, le fué cortada la cabeza.

Hay pruebas suficientes para descargar sobre don Francisco Pizarro toda la responsabilidad de esta muerte: la había autorizado, retrasó su llegada al Cuzco y no castigó a ningún culpable. Luego, más tarde, ya en la Corte, Hernando Pizarro fué condenado a destierro que no llegó a ejecutarse, por solo la muerte de don Diego de Almagro, y cumplió condena hasta 1561 en la cárcel de la Mota de Medina del Campo; en 1566 le fueron embargados sus bienes, y en 1572 se le sentenció definitivamente condenándole al pago de cuatro mil ducados y a destierro perpetuo de las Indias.

Estos son, a grandes rasgos, los puntos más debatidos de la biografía de don Diego de Almagro.

.....

Pero siguiendo, paso a paso, la huella de nuestra Provincia en el descubrimiento y conquista de América, surgen constantemente personajes célebres, bien por sus hazañas, bien por su posición en aquellas tierras recién descubiertas. Son figuras preeminentes, gloriosos capitanes, esforzados soldados, cuyas hazañas hemos de seguir para bien conocerlas y darlas después a conocer.

Son muchos, pero en este momento no cabe sino enumerar algunos de ellos, siquiera sea para rendirles nuestro tributo de admiración.

2.— ALVAR GOMEZ LUNEL DE SANDOVAL

Nació en Almagro, en 1482. Fué hijo legítimo de Juan de Montenegro, copero del Maestre de Calatrava don Rodrigo Téllez Girón, y de su Legítima esposa, probablemente llamada Sandoval. Fué hermano paterno de don Diego de Almagro.

Pasó a las Indias con el capitán Rodrigo de Contreras, en 1534, que iba por gobernador de Nicaragua. Acudió al Perú en la urgente llamada de socorro de don Francisco Pizarro, cuando Lima se encontraba cercada por los indios. Pizarro lo premió con uno de los mejores repartimientos.

Luego pasó a Chile con Valdivia, en el grupo de los diez primeros, que formaban la vanguardia del ejército: iba nombrado Primer Maestre de Campo. Aquejado por los años y por sus dolencias, Alvar Gómez murió en la travesía del desierto. Dice a este propósito un investigador contemporáneo: "En el valle de Copiapó quedaron sepultados sus restos mortales y humedecida la candente tierra con lágrimas que vierte Juan Gómez, su hijo, que desde la villa de Almagro le acompaña: a la sombra de rústica cruz, primer árbol que estos bravos soldados plantan en territorio de los salvajes que van a civilizar".

En la **Información de los servicios hechos a Su Majestad por Juan Gómez en la conquista y población de las Provincias de Chile**, de 20 de noviembre de 1558, que se conserva en el Archivo de Indias, hay datos que corroboran estas afirmaciones. En el texto de la encomienda de indios que dió Pedro de Vicarra a Juan de Ribadeneyra, hijo de Juan Gómez, se lee que su abuelo Alvaro Gómez era hermano natural de don Diego de Almagro.

El capitán Alvar Gómez Lunel de Sandoval había contraído matrimonio en 1517, en Almagro, con Catalina González. Tuvieron cinco hijos: Juan Gómez de Almagro, el héroe de Purén; Diego Gómez de Almagro, que pasó a Chile en 1555; María González, que fué a Chile, en 1568, con su hermano Juan, el mayor; Leonor Gómez, que también fué a Chile en 1568, y María, la menor de los hermanos.

3.— JUAN GOMEZ DE ALMAGRO

Hijo legítimo de Alvar Gómez Lunel de Sandoval y de Catalina González, nació en Almagro. Se embarcó para las Indias con su padre Alvar Gómez, en 1534, llegó a Nicaragua, pasó al Perú y después a Chile, con Valdivia. Había nacido en 1518.

Se le conoce con el sobrenombre de el "capitán de las ciudades". Recién fundada la ciudad de Santiago fué nombrado por don Pedro de Valdivia Alguacil Mayor de la misma. Obtuvo varios repartimientos de indios. Se distinguió siempre por su valor y lealtad. El fué, como Alguacil Mayor, el encargado de prender y encarcelar -convirtiendo su propia casa en prisión- a Pedro Sancho de la Hoz, tres veces traidor a Valdivia; pero luego, cuando Francisco de Villagra le dió la orden de que le cortara la cabeza, Juan Gómez de Almagro sacó su espada y se la dió a un negro para que ejecutase la sentencia.

Siguió con Valdivia hacia el Sur y se distinguió en la célebre batalla de Andalién, "la más peligrosa de las Indias", según testimonio de los que en ella participaron. Con Alderete fué a descubrir el río Bío-bío, y Valdivia le ordenó después, como premio a sus buenos servicios, que volviese a la ciudad de Santiago.

Fué nuevamente llamado por Valdivia desde la Concepción, con promesa de acrecentamiento de indios. De allí partió a la Imperial y como al día siguiente de llegar se tuviesen noticias del peligro en que se encontraban los fuertes de Arauco, Tucapel y Purén, fué enviado con muy pocos hombres en socorro de esta última plaza.

Había estallado la sublevación de los indios. Juan Gómez de Almagro en Purén, fué elegido capitán por sus compañeros y por Martín de Ariza, que con sus soldados venía hasta allí desde Tucapel, a buscar auxilio. Tres días después salió a rechazar a los indios, que se le presentaron formados en cinco escuadrones. Salió por segunda vez a pelear con solo diez soldados. Perdió el caballo y pudo ser salvado a la grupa de uno de los suyos; persiguió a los indios y se volvió al fuerte.

Juan Gómez de Almagro mandó aviso a la Imperial y se le envió un refuerzo de catorce hombres. Valdivia le ordenaba que se reuniese con él en Tucapel, el día 25 de ese mes de diciembre de 1553. Cumpliendo estas órdenes, partió el día antes con trece soldados, dejando a los demás en el fuerte para defenderlo. Un indígena apresado "por las rondas", le informó que por aquellos contornos había más de treinta mil indios emboscados, dispuestos al asalto del fuerte al amanecer. En vista de ello, Juan Gómez de Almagro desistió de su marcha hacia Tucapel, pero al día siguiente, al no aparecer los indios, emprendió la marcha. Un día de espera fué suficiente para que don Pedro de Valdivia fuese brutalmente descuartizado por los indios. ¡Cuántas veces pensaría después nuestro paisano que ese retraso de veinticuatro horas pudo haber sido el hecho decisivo de la suerte de Valdi-

via! Con catorce hombres más, tal vez Valdivia se hubiese defendido..., o tal vez se hubiesen añadido catorce nombres más a la larga lista de los muertos de Tucapel.

Juan Gómez de Almagro, al comprobar que no había indios alrededor del fuerte de Purén, "lamentando el retraso con que iba a partir", emprendió la marcha en la noche del 25. Al llegar al valle de Ilicura fueron apareciendo los indios y, con ellos, la noticia de la muerte de Valdivia y los que con él estaban.

Renuncio a dar la descripción de los combates que estos bravos, en número de catorce, tuvieron con los indios. Ercilla, en su *Araucana* les dedica el Canto IV. Baste decir que su bravura y su arrojo fueron tales que han merecido el sobrenombre de "los catorce de la fama". Pronto cayeron seis de ellos; los ocho restantes se dividieron en dos grupos: el de Juan Gómez de Almagro pronto quedó reducido a él y a un Gregorio Castañeda Juan Gómez perdió el caballo y él mismo fué herido. A pié y sangrando logró reunirse con el otro grupo. Nuestro bravo manchego, viendo el grave peligro que les rodeaba, dijo a los suyos: "Señores, si aquí aguardáis para favorecerme, todos seréis muertos; váyanse, que yo estoy mal herido: más vale que yo sólo muera, que no todos". Ercilla resumió así estas palabras:

"... de mí señores, nadie cure.
la vida el que pudiere la asegure".

Cuando sus compañeros llegaron, huyendo, al fuerte de Purén, todos le dieron por muerto. Abandonando esta pequeña fortaleza, se dirigieron por muerto. Abandonando esta pequeña fortaleza, se dirigieron todos a la Imperial.

Mientras tanto, Juan Gómez de Almagro, mal herido, logró esconderse. Oyó el griterío de los indios al descubrir a su caballo muerto.

Cuando los indios se hubieron retirado, salió de su escondite y se dirigió a Purén, donde solo halló ruinas, ya que los indios lo habían destruido poco después de ser abandonado por su escasa guarnición y por los compañeros de Juan Gómez de Almagro. Volvió a ocultarse porque aún se veían por allí pequeñas partidas de indios, pero por fortuna encontró a un indio amigo con quien envió aviso a los fugitivos del fuerte, para que viniesen a socorrerlo. Seis de ellos vinieron en su busca y llegaron hasta el fuerte de Purén, sin encontrarlo; pero al regreso, como a media legua, "y yendo este testigo delante de los demás, relinchó el caballo de este testigo, el dicho Juan Gómez que lo oyó a donde estaba escondido, salió a pié, desnudo é descalzo, con la espada en la mano, é así se juntaron todos é lo sacaron de

allí, que a tardarse algo más lo mataran los dichos indios, porque lo habían ya visto é se juntaba ya gente para ello...". He tomado estas palabras de la declaración de Alonso Córana.

Así llegó Juan Gómez de Almagro a la Imperial, desde donde, aún no repuesto de sus heridas, acompañó a Francisco de Villagra en socorro de la Concepción.

Un mes después estuvo en la batalla de Marigüeñu, donde los indios le mataron todos sus caballos, "e quedando a pié entre toda la multitud de los indios, peleando contra todos ellos, tomó un caballo de los muertos, con muy gran peligro, en el cual se salvó muy mal herido y desbaratado".

Fué Alcalde de la Imperial.

Estuvo en el asalto de Mataquito, en 1º de abril de 1557, en que pereció Lautaro.

Por Real Cédula de 9 de marzo de 1554, fué nombrado Regidor Perpetuo de Santiago.

En junio de 1560 se vino definitivamente a Santiago, queriendo abandonar ya su actuación militar. Tuvo varias encomiendas de indios y algunos enojosos pleitos sobre ellas.

Tenía cumplidos los 45 años de edad cuando se casó con doña Francisca Escobedo, nieta del Marqués de Mondéjar, que le dió un hijo, **Juan Gómez de Ribadeneyra**, que llegó a ser Regidor de Santiago, Alférez Real, Capitán, Teniente de Gobernador y Capitán General de la Provincia de Cuyo, cuando sólo tenía 36 años de edad.

Juan Gómez de Almagro fué nombrado Procurador General de Chile ante el Rey. Vino a Madrid, donde estuvo tres años en el desempeño de su cometido. Hasta el Obispo de Santiago y el Cabildo de la ciudad le habían encomendado una gestión en la Corte, "ansí con Su Santidad como con Su Majestad", para que no fuese trasladada la silla episcopal a Concepción. Según ésto, si hubiese sido necesario, tendrían que haber ido hasta Roma.

Camino de España, estuvo algo más de un año en Lima, iniciando ante la Real Audiencia la misión que llevaba encomendada. Ya en España, obtuvo del Consejo de Indias una resolución favorable a sus pretensiones: la Catedral de Santiago no sería trasladada a Concepción.

Por entonces, en la Corte de España, conoció a Alonso de Ercilla, que conversó largamente con él, como persona que había vivido en Chile más de 27 años y que había sido testigo de los sucesos, cuando no actor, que narraría su *Araucana*.

Pasados los tres años de licencia que tenía para estar en España, el

Rey firmó una cédula para el Presidente y Oidores "de la nuestra Audiencia Real que reside en la ciudad de la Concepción de las Provincias de Chile", para que no le fuesen quitados al capitán Juan Gómez los indios que tenía encomendados.

Antes de partir para Chile, visitó nuevamente a los suyos en Almagro. Partieron con él su hermana María, viuda, con sus dos hijas solteras María y Catalina; su hermana Leonor, con su esposo Pedro Díaz y su hija soltera Francisca; su hermano Diego, con su mujer Elvira Hernández y una hija de un año y medio, estaban ya en Chile desde 1555. Llevó también consigo a Catalina Rodríguez, soltera, y a Ana Calderón, ambas vecinas de Almagro, como criadas, y a Gaspar Ruiz, soltero, entre otros que entonces le acompañaron.

Juan Gómez de Almagro no llegó a Chile. Murió en Panamá, el 12 de enero de 1569, rodeado de sus hermanas, criados y amigos. Pero allí, en Santiago de Chile, aguardarían para siempre su esposa y su hijo.

4.— EL COMENDADOR GARCIA JOFRE DE LOAISA

Caballero del hábito de San Juan, natural de Ciudad Real. Partió de La Coruña el 4 de julio de 1525, al mando de una armada de siete navíos, en ruta del Estrecho de Magallanes, a los Malucos.

Iba como Capitán General de la armada y capitán de la primera nave, llamada **Santa María de la Victoria**.

La segunda nave, que llevaba el nombre de **Sancti-Spiritus**, iba capitaneada por Juan Sebastián Elcano.

La **Anunciada**, **San Gabriel**, **Santa María del Parral**, **San Lesmes** y un pataje, iban pilotados por Pedro de Vera, Rodrigo de Acuña, Jorge Manrique de Lara, Francisco de Hoces y Santiago de Guevara, respectivamente.

Por una Real Orden reservada, de 13 de mayo de 1525, si muriese en la empresa el Comendador, tomaría el mando de la escuadra Juan Sebastián Elcano.

Se dirigieron al Estrecho de Magallanes y fueron costeando el Brasil desde la isla de San Mateo. Dos fuertes Tormentas separaron las naves, de forma que la capitana se encontró sola creyendo ser la única que continuaba la ruta.

Llegados al Estrecho, doblaron el **cabo de las Once Mil Vírgenes** en viernes, 6 de abril de 1526; el 25 del mismo mes salieron del Estrecho a la mar del sur. Entre el **cabo de las Once Mil Vírgenes** y el **cabo Deseado** dieron que había ciento diez leguas.

En el mes de julio, "víspera del bienaventurado señor Santiago", murió el Comendador Loaiza "como católico cristiano, dejando mucha tristeza en la nao, porque era muy bueno y bienquisto".

5.— ILMO. SR. DON FRANCISCO SALCEDO

Natural de Ciudad Real, hijo legítimo de Francisco González de Salcedo y de Catalina de Castro, vecinos de Ciudad Real. Sus padres eran nobles y un tío carnal suyo era Caballero de la Orden de Calatrava. Fué Deán de La Plata y de Los Charcas.

En nombre de la Corte de España presentó la información en Roma al Cardenal Carlos Borja. Fué preconizado Obispo en Consistorio del 11 de julio de 1622. Tomó posesión de su Obispado de Santiago de Chile el año 1624 y falleció diez años después.

Intentó suprimir los conventos en los que apenas vivían dos o tres religiosos y en los cuales no se observaba la vida común, pero la Audiencia de Santiago le negó su apoyo.

Fué el primer Obispo que visitó todo el territorio que como diócesis tenía encomendado.

6.— DON PEDRO RODRIGUEZ DE AGUAYO

Natural de Alcázar de San Juan.

Don Diego de Almagro, para alegar posesión frente a don Pedro de Alvarado, había fundado precipitadamente una ciudad que se llamó Santiago de Quito, en la antigua Riobamba, el 15 de agosto de 1534. Luego por acuerdo del 28 del mismo mes, fué trasladada a la ciudad india de Quito, bajo el nombre de San Francisco de Quito, para honrar la memoria de su socio Francisco Pizarro, en cuyo nombre hacía la fundación. Sin embargo, en la **Información** que hizo don Diego de Almagro en San Miguel de Piura, el 12 de octubre de 1534, con motivo de los sucesos acaecidos allí por la penetración de Alvarado, se lee que fueron dos los pueblos que dejó fundados: la ciudad de Santiago de Quito y la villa de San Francisco de Quito. Belalcázar, que fué nombrado por don Diego de Almagro teniente de gobernador en estas provincias, fué quien despobló a Santiago, trasladándola a la villa de San Francisco.

El Obispo D. García Díez Arias había fundado la catedral en 1549. Don Pedro Rodríguez de Aguayo era entonces Arcediano y Provisor de este Obispado y, al morir, en mayo de 1562, el Dr. García Díez Arias, asumió el gobierno de la diócesis en calidad de Vicario Capitular. Es de hacer notar que el Cabildo en aquellos días estaba reducido a nuestro Arcediano y al Chantre Diego de Salas.

En los tres años que duró la "sede vacante", hasta que el nuevo Obispo Fray Pedro de la Peña pasó a Quito, en 13 de mayo de 1565, don Pedro Rodríguez de Aguayo levantó la Iglesia Catedral desde sus cimientos, ayudando él mismo con su persona y sus esclavos. Se dice que se gastó en la obra más de 40.000 pesos. Tenía 200 pies de largo y 60 de ancho, y en buena parte era de cantería; la capilla mayor de bóveda y el resto cubierto con un maderamen de cedro.

Mandó hacer una custodia de plata para la Catedral y él mismo entregó la plata y el oro que habría de servir para dorarla, pagando al platero Sebastián Moreno por su trabajo 377 pesos y dos reales, mas 10 pesos por la ventaja.

Renunció expresamente a narrar todos los detalles que él mismo nos da en su "Descripción de la ciudad de Quito y vecindad de ella", pero, como resumen, copiaré: "Hay en esta ciudad Obispo e Iglesia Catedral, y la Iglesia de las más principales que hay en todas las Indias, que se ha hecho conforme a la cédula de Vuestra Real Persona. Habrá costado más de cuarenta mil pesos. Está labrada a uso de España".

Dispuso además la construcción de muchas iglesias en los pueblos de los indios, cuya lengua sabía "lo mismo que la española". Los vecinos de la provincia de Quito pidieron al Consejo de Indias, en dos ocasiones, que don Pedro Rodríguez de Aguayo fuese elegido obispo de aquella diócesis, pero no lo consiguieron.

Fué abogado y defensor de los indios.

Como prueba de la rectitud con que administró los intereses de la diócesis, declaró que "habiendo el Obispo García Díaz Arias cobrado de un San Juan de Bermeo, arrendador de los Diezmos de Cuenca, 115 pesos que no le correspondían, retuvo en su poder y en prendas del débito, el báculo, mitras, pontifical, guantes y almohadas de oro de aquel Prelado".

"Honrado, limpio y no pobre", determinó volver a España. En la primera quincena de agosto de 1570 estaba ya en Sevilla; en noviembre se hallaba en Madrid. En el año 1572 se trasladó a Alcázar de San Juan, donde tenía una hermana casada con el licenciado Díaz Guerrero. Al año siguiente compró allí unas casas a Rodrigo Pantoja.

En 19 de febrero de 1595 era ya difunto, y de acuerdo con su testamento otorgado un mes antes, se le enterró en la Iglesia de Santa Quiteria; frente al altar mayor, bajo losa y en el mismo sitio que había señalado de antemano. Después habían de ser trasladados sus restos a una capilla que, bajo la advocación de San José, su patrono dejó ordenado construir en las casas que poseía allí, en Alcázar de San Juan.

Los bienes inmuebles que dejó radicaban en los términos de Alcázar, Campo de Criptana y otras partes: "uno de ellos era la heredad denominada Zancara, con casa y parador".

Añadiremos que entre sus papeles, reliquias, muebles, utensilios, ropas y alhajas, había un cáliz de plata sobredorada, y entre todo y como colofón, "hallóse una espada" ("El inventario no expresa si era la misma que el diligente y piadoso alarife se ceñía cuando, para descansar del fatigoso acarreo de los materiales destinados a su santa obra, moceaba entre gallos y media noche por los burdeles de Quito").

7.— FRAY JUAN DE AGUILERA

Franciscano. Nació en Alcázar de San Juan, de noble familia. Durante 34 años gobernó las principales casas de la Provincia de Cartagena, a la que perteneció, siendo "varón de mucha autoridad y crédito".

A petición de Felipe II, acompañó al Marqués de Cañete al Perú, comisionado para asuntos religiosos. "Yo truje un fraile de la Orden de San Francisco en mi compañía, que se llama Fray Juan de Aguilera, y por tener autoridad en su Orden, le encargaron en Sevilla y dieron facultad de Comisario General de este Reino", escribió el Marqués de Cañete al Emperador, en 3 de noviembre de 1556.

Presidió el Capítulo Provincial de la Orden celebrada en Lima en 1556. Fué eminente letrado y orador insigne, fundador de muchos conventos. El Marqués de Cañete le propuso para el Obispado de los Charcas.

Vuelto a España, fué dos veces Provincial de la Orden. Como tal acudió al Capítulo General de Valladolid, en 1565, donde se le nombró Comisario General de la Curia Romana, oficio que desempeñó durante seis años, mereciendo la estima y confianza del Pontífice San Pío V.

8.— EL CAPITAN JUAN DE CESPEDES

Cuando García de Lerma, en la Provincia de Santa Marta, envió a descubrir por el Rio Grande de la Magdalena, en esa expedición iban dos capitanes, uno de ellos Juan de Céspedes. En el pleito de cuentas entre Pedro Cifuentes y los herederos de Rodrigo Alvarez Palomino, Juan de Céspedes figura como testigo, y dice en una de sus declaraciones que "es de edad de veintinueve años, poco más o menos". Debió nacer en 1501.

Fué Alcalde Ordinario de Santa Marta, en 1527.

En 1529 fué a la expedición de Pueblo Grande y era capitán.

En el incendio de Santa Marta, acaecido el día 26 de febrero de 1531 el capitán Céspedes salió a recoger víveres con tres hombres de a caballo y otros tres de a pié, destacando en su gestión y en su lucha contra los indios.

El día 5 de abril de 1536, el capitán Céspedes participó en el descubrimiento de Río Grande: la expedición iba al mando de Gonzalo Ximénez de Quesada. En 13 de mayo de 1539 aparece como Regidor de Santa Fe, y el 10 de marzo de 1540 se firma en España una Real Provisión por la que se le otorga tal título. En 1543, según consta en varios documentos, es Alcalde Ordinario de Santa Fe, cargo que aún conserva en 1547. Díez Armendáriz, en carta de 10 de junio de 1548, da cuenta al Rey de haber nombrado Regidor Perpetuo de Santa Fe a Juan de Céspedes.

En 20 de diciembre de 1547 había informado Armendáriz al Rey lo siguiente: "En este reino está un capitán Juan de Céspedes, que es de los que llegaron primero a Santa Marta, el cual, según por su relación ha parecido y por la información que de él se tiene, ha servido en todo este tiempo a Vuestra Majestad tan bien y con tan buen tesón, como todos los que en estas partes de éstos se hallaren se puede mandar informar. Ha pocos días que fuí parte para que se casase y saliese del pecado que algunos años ha estaba, habilitando con su matrimonio dos hijos que fuera de él había habido. Envía a suplicar a Vuestra Majestad se le haga merced en hacerle merecedor que los indios que tiene encomendados le sean perpetuos para sus sucesores".

El capitán Juan de Céspedes está en la misma historia de Colombia y son muchos los documentos que hay sobre él: en uno de ellos, una carta de la Reina a González Holguín, fechada en Valladolid el 28 de mayo de 1538, se cita a Juan de Céspedes como "vecino de Ciudad Real".

La biografía de Juan de Céspedes es una más de las que aún no he podido compulsar ni concretar. Me he limitado a dar fechas y anotar datos de los documentos que hay en mi poder; pero hay muchos otros, la mayoría localizados, a los que no me he podido dedicar todavía, pero que algún día servirán de base para biografiar a este ilustre manchego.

9.— EL CAPITAN ALONSO DAVILA.

A las ordenes del Adelantado Francisco de Montejo, que acababa de fundar Salamanca, en Yucatán, uno de sus mejores capitanes, Alonso Dávila, "fundó un pueblo é llámóse Ciudad Real, porque este capitán Alonso Dávila fué natural de Ciudad Real en España".

Corría el año 1531.

Existen datos y noticias abundantes sobre los hechos de armas de Alonso Dávila, pero hay una "Relación del Viaje que hizo para pacificar aquella provincia" -Yucatán-, escrita por él mismo y publicada después en la Colección de Documentos de Torres de Mendoza.

En el año 1520 aparece Alonso Dávila, en compañía de Hernán Cortés, reconociendo las costas de Méjico como Contador Real. Hombre fiel y excelente capitán, siempre está al lado del gran conquistador, brindándole su consejo, su lealtad y su valor. Luchó a su lado contra Pánfilo de Narváez, estuvo en la batalla de Otumba, ocupó un lugar muy destacado en la pacificación de Tlascala y sirvió de mediador en el peligroso altercado que surgió entre Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, cuando se inició el cerco de la ciudad de Méjico. En una de las más apretadas incursiones que hacía Hernán Cortés en la ciudad, Alonso Dávila iba al mando de setenta soldados.

En el año 1522, tomada la ciudad de Méjico, determinó Hernán Cortés enviar mensajeros a Castilla, a dar cuenta al Rey y a llevar los quintos de la Corona, así como grandes presentes y regalos: nombró para ello al Contador Alonso Dávila y a Antonio de Quiñones. Les acompañaban Diego de Ordás y Alonso de Mendoza. Este viaje fué muy accidentado, porque en Sevilla les esperaba una orden de embargo; pero otro muy distinto iba a ser el resultado. Seis navíos corsarios franceses apresaron tres carabelas del capitán Domingo Alonso, que traía desde las Azores a Alonso Dávila y a Antonio Quiñones, no sin haber peleado antes valerosamente. Una de las carabelas logró huir. Antonio de Quiñones murió y Alonso Dávila fué llevado a la Rochela, donde estuvo preso tres años. Casi toda la riqueza que había enviado Hernán Cortés al Rey se perdió, así como otra nave en la que venían desde la Española sesenta y dos mil ducados, seiscientos marcos de perlas y dos mil arrobas de azúcar.

Cuando Alonso Dávila fué libertado suplicó al Emperador que "tuviese memoria de sus servicios y trabajos". El Emperador mandó que no se le quitasen los indios que tenía en Nueva España y que si estuviesen dados a otros se le restituyesen.

Después, Hernán Cortés, en su visita a España, pidió mercedes para sus amigos que habían asistido en las guerras y conquistas, y Alonso Dávila que aún seguía en la Corte, recibió mercedes.

Ciudad Real de Yucatán fué despoblado por su fundador, ya que, hostigado y en guerra casi constante con los indios, tuvo que abandonarlo para auxiliar a Francisco de Montejo, en la recién fundada Salamanca.

Con él iba, en esta empresa del Yucatán, un Martín, de Villarrubia.

10.— EL CAPITAN DIEGO DE MAZARIEGOS

Hernán Cortés estaba constantemente informado de lo que pasaba en las Provincias del imperio recién conquistado, y tuvo noticias de que en la Provincia de Chiapa había ciertas alteraciones. Envió a pacificarla al capitán Diego de Mazariegos, quien partió inmediatamente al frente de un ejército de ciento cincuenta hombres y cuarenta caballos, con un gran número de indios tlaxcaltecas y mejicanos. Pronto regresó Mazariegos, después de haber logrado con éxito lo que se le había encomendado.

Convenía, sin embargo, volver a Chiapa para poblar y "tener sujeta la tierra". Mientras preparaba su expedición llegaron noticias de que los indios de Chiapa se habían vuelto a rebelar.

Logró Mazariegos reunir un lucido ejército en el que figuraban, en primer lugar, su hijo Luis de Mazariegos, y su hermano de madre Pedro de Estrada. Hernán Cortés les dió para esta jornada "cinco tiros de la artillería de las naos, los dos medianos y los tres pequeños". Como dato anecdótico no me resisto a silenciar que en este ejército iban Maese Jerónimo, cirujano del ejército, y Maese Juan, barbero.

La pelea duró muchos días; los indios lucharon "hasta que no pudieron levantar los brazos".

Una vez pacificados los de Chiapa, el capitán Mazariegos vino a entrevistarse con don Pedro Portocarrero, "que se entretenía en la provincia". Con su acostumbrada habilidad y cordura, Mazariegos le ganó buen número de soldados y le obligó a recluirse en Guatemala, de donde procedía en su exploración.

En los primeros días de marzo del año 1528, el capitán Diego de Mazariegos, en presencia de su ejército y de los indios de Chiapa, fundó un pueblo, "como capitán general de aquella provincia, e teniente de gobernador por Su Majestad" y "le daba por nombre Villarreal: para que tuviese alguna memoria de su patria Ciudad Real en España". Nombró primer regidor a su hermano Pedro de Estrada. El día 6 de marzo, "viernes, a la hora de prima", todos los alcaldes, regidores y demás ministros de justicia, "se juntaron a cabildo en casa del capitán Diego de Mazariegos" y tomaron posesión de sus cargos.

El día 31 de marzo fué trasladada esta villa a otro lugar más apropiado. Las calles del trazado de la nueva villa fueron, entre otras: "calle del Sol, calle de la Luna, calle de la Fuente, calle de Comitlán, calle de Santiago, calle del Río, calle de Cinacatlán, calle del Peñol, calle de la

Carrera, calle Nueva, calle de la Laguna, calle de la Ciénaga...", etc. Diego de Mazariegos pidió cuatro solares, tres para sí y uno para su hijo Luis.

El año 1529 llegó a Villarreal don Juan Enríquez de Guzmán, nombrado juez de residencia, capitán y alcalde mayor. Esto produjo a Mazariegos un gran disgusto. El fundador de Villarreal fué expulsado incluso de la provincia de Chiapa y volvió a Méjico a "ejercitar el oficio de vecino y regidor". El 21 de julio de 1529 se le dió a Villarreal el nombre de Villa de Villaviciosa. En el Cabildo celebrado el 11 de septiembre de 1531 se le llamó la Villa de San Cristóbal de los Llanos.

El capitán Diego de Mazariegos, a pesar de la ausencia, negoció ante la Corte de España se le diese a esta villa el nombre de Ciudad Real, y así, el 7 de julio de 1536, el Rey don Carlos firmaba en Valladolid una Real Cédula por la que la Villa de San Cristóbal de los Llanos "es nuestra merced e mandamos que agora e de aquí adelante se llame e intitule Ciudad Real e que goce de las preeminencias, prerrogativas e inmunidades que puede y debe gozar por ser ciudad...".

11.— ALONSO DE ESTRADA

Era "Contino de la Casa Real" y fué designado Tesorero Real, en 1522, para Méjico. "Era hombre hijodalgo é oficial de Su Majestad, y en Ciudad Real, de donde era natural, era uno de los Regidores é principal hombre".

Estando Hernán Cortés preparando su jornada a las Ybueras, llegaron a Méjico los Oficiales Reales, entre ellos el Tesorero Alonso de Estrada. Pretendían limitar la autoridad de Cortés, "peleando en ésto la vanidad y presunción del Tesorero Estrada".

Ese mismo año, 1524, partió Hernán Cortés a las Ybueras y dejó el gobierno de Méjico al Tesorero Alonso de Estrada y al Licenciado Alonso de Zúazo. Estrada tuvo un grave incidente con el Contador Rodrigo de Albornoz, después de muchos desacuerdos entre ambos: "pasaron tan adelante que metieron mano a las espadas".

Al año siguiente, 1525, se corrió la noticia de que Hernán Cortés había muerto. Los oficiales reales Gonzalo de Salazar y Peralmíndez Chirinos, Factor y Veedor respectivamente, se habían pregonado por gobernadores, después de reducir a prisión a Alonso de Estrada y al Contador Albornoz. Este incidente, que pudo desembocar en una guerra, quedó resuelto con la intervención de los amigos de Cortés, que nombraron gobernadores y justicia mayor al Tesorero Alonso de España y al Contador Rodrigo de Albornoz, que ya se habían reconciliado.

Ambos gobernadores descubrieron una conjura para darles muerte y, con ayuda de un delator, apresaron a todos los comprometidos, a quienes dieron un castigo ejemplar: "sentenciaron a la horca a un tal Escobar porque era el principal, y a algunos cortaron las manos y los piés y a otros azotaron y desterrarón".

Ni Alonso de Estrada ni Rodrigo de Albornoz deseaban la vuelta de Hernán Cortés, "porque gustaban del imperio y holgaban que les durase". Un nuevo acontecimiento iba a favorecer sus deseos. Constantemente llegaban a España informaciones poco favorables a Cortés, y el Emperador nombró al Licenciado Luis Ponce de León para que le tomase "residencia"; pero el licenciado Ponce de León murió pocos días después de su llegada a Méjico. Había entregado la vara de Justicia Mayor al Licenciado Marcos de Aguilar, que murió dos meses después, pero antes había nombrado como sucesor al Tesorero Alonso de Estrada.

Alonso de Estrada, que había castigado a un criado de Hernán Cortés a que le fuese cortada una mano, desterró de la ciudad al gran Conquistador de Méjico, por temor a represalias. Un año más tarde, reconciliados al menos en apariencia, Hernán Cortés fué el padrino de un hijo de Estrada.

A pesar de ello y porque el Tesorero Real gobernaba "con mucha arrogancia", Hernán Cortés había determinado venir a España. Por entonces llegó una carta del Obispo de Osma, Presidente del Consejo Supremo de las Indias, en la que, entre otras cosas, le decía "que le convenia venir a Castilla para que el Rey le viese y conociese", y le aconsejaba que lo pudiese por obra con la mayor brevedad que le fuese posible.

Alonso de Estrada gobernó en Méjico durante la ausencia de Hernán Cortés.

Murió en 1530. Su hija estaba casada con Jorge de Alvarado, hermano del Adelantado don Pedro de Alvarado.

12.— ALONSO DE CORDOBA

Nació en 1507, en Membrilla. Fué vecino de Valdepeñas, hijo de Alonso de Córdoba y Sancha Gómez. Pasó al Perú en 1534. Figura entre los soldados que iban al socorro de los Pizarro en el Cuzco, con don Alonso de Alvarado. Pasó a Chile con don Pedro de Valdivia. Asistió a la función de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo y firmó allí el acta de proclamación de Valdivia como Gobernador de Chile. Era capitán.

Fué amante del trabajo agrícola e industrial; ayudó a proveer de tejidos a la incipiente y pobre colonia.

En 1551 vino a España en busca de sus familiares y amigos, a fin de perpetuar en Chile la Casa de Córdoba. Por Real Cédula de 31 de mayo de 1552, le fué concedido por el Rey escudo de armas.

Regresó a Chile, en 1553, acompañado de:

Su esposa, **Olalla Hernández**;

Su hijo **Alonso de Córdoba y Hernández de Merlo**, que llegó a ser capitán en Chile y Regidor Perpetuo de Santiago;

Su hija **Luisa de Córdoba y Hernández de Merlo**, que fué monja agustina en Santiago de Chile;

Su sobrina **María de Córdoba**, vecina de Membrilla;

Su pariente **Juan Ruiz de León**, de Valdepeñas, que sirvió durante 60 años en las guerras de Chile y era llamado "Esclavo del Rey", por su fidelidad, llegando a ser Corregidor de Valdivia y Alcalde de Santiago de Chile: ocho hijos tuvo, todos nacidos en Chile;

Martín Sánchez de la Fuente, vecino de Valdepeñas;

Simón de la Fuente, como paje;

sus criados **Juan Ruiz, María Hernández y Magdalena Hernández**, todos de Valdepeñas.

Le acompañaron también como criados **Catalina de Villalobos y Catalina la Genovesa**;

como pastor, **Pedro Alvarez**, de Daimiel, hijo legítimo de Martín Hernández y de Catalina Alvarez.

Merece destacarse en esta familia a **Juan de Córdoba**, hijo de Alonso y de una india soltera, Chilena, nacido hacia 1545. Legitimado por Real Cédula. Fué un Capitán muy distinguido. Contrajo matrimonio con Jerónima de Ahumada, hija que era del capitán Agustín de Ahumada y Cepeda, Gobernador de Tucumán, hermano de Santa Teresa de Jesús.

Imperiosamente obligado a terminar con esta larga lista de personajes ilustres que con su valor, su esfuerzo y su sangre, dieron vida a América, trasladando hasta aquellas lejanas tierras su pensar, su vivir, su afán de trascender, calcando allí la virtud del trabajo, la honradez, la hidalguía y el fervor religioso de nuestros pueblos, me voy a limitar a citar algunos de aquellos primeros emigrantes manchegos, de los que aun poseo muy pocos datos.

FRAY ANTONIO DE CIUDAD REAL, de quien sólo poseo el segundo tomo de los dos de que consta la "Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce en las Provincias de la Nueva España, siendo Comisario General de aquellas partes". escrita por dos religiosos, sus compañeros, el uno de los cuales le acompañó desde España a México, y el otro en todos los demás caminos que hizo y trabajos que pasó. Estos dos religiosos son Fray Alonso de San Juan y Fray Antonio de Ciudad Real. Obra impresa por primera vez en Madrid en el año 1875.

JUAN LOZANO MACHUCA, de Ciudad Real, que pasó al Perú con sus hermanas **Petronila Gómez Machuca y Estefanía Lozano**, los tres solteros. Fué capitán en la expedición de Losada, en 1575. En el año 1591, en la guerra de los Chiriguanes hay un general Joan Lozano Machuca.

RODRIGO BERMUDEZ, de Ciudad Real, que fué mayordomo del señor Almirante Mayor de las Indias del Mar Océano. El año 1509 estaba en Sevilla.

FRAY GIL GONZALEZ DE SAN NICOLAS, de Ciudad Real, nacido en 1527. Fué como misionero al Perú y Chile. Fué defensor del derecho de los indígenas. Había sido fundador de la Orden de Santo Domingo. Fué "Vicario de las Naciones".

ALONSO MEXIA DE LA CERDA MIRANDA, de Ciudad Real. Fué al Perú y después a Chile, en 1620. Sirvió como soldado 10 años en la guerra de Arauco. Fué Capitán del Tercio San Felipe de Austria, en 1625; Alcalde de la Santa Hermandad de Santiago, en 1633; Alférez General, en 1634; Corregidor de La Serena y Maestre de Campo. Su hijo Juan llegó a ser abogado de la Universidad de San Marcos, Auditor General del Ejército en Chile y Fiscal de la Real Audiencia de Santiago.

COSME DE MOLINA, de Almagro. Pasó a Chile con el Gobernador García de Mendoza. Fué Corregidor y Justicia Mayor de la ciudad de Valdivia. Era capitán. Cayó en una emboscada y fué mutilado bárbaramente por los indios: su cráneo fué paseado en triunfo.

JERONIMO DE MOLINA, hermano de Cosme de Molina. Natural de Almagro. Eran hijos legítimos de Hernando de Molina y Elvira de Herrera. Fué al Perú en 1555 y de allí pasó a Chile. Combatió bajo los gobernadores Pedro de Villagra y Rodrigo de Quiroga. Impidió, con sus amigos, el desembarco del pirata inglés Drake. Luchó contra piratas ingleses y flamencos. Era Corregidor de Santiago y Capitán de guerra. Desarmó a los piratas de Rodrigo Giraldo y, hechos prisioneros, fueron llevados a Santia-

go, después de obtener un cuantioso botín en armas, municiones, panos, etc., y el barco con su dotación de artillería. Actuó durante 27 años en la guerra viva. Falleció en 1603, siendo Corregidor de Santiago.

Estuvo casado con Francisca Pajuelo de Landa y le sobrevivieron 14 hijos, entre ellos el doctor **Hernando de Molina**, abogado de la Real Audiencia de Lima; **Jerónima, Isabel, Elena, Ursula, Inés, Beatriz, Mariana y María**, todas monjas agustinas en Santiago; **Antonio, Luis y Francisco**, presbíteros, y **Juan**, que fué capitán y Maestre de Campo. Se casó con Isabel Pardo Parraguez, probablemente hermana del presbítero **Gomez Pardo Parraguez**, de Daimiel, que se tratará en su lugar.

FRANCISCO DE CUELLAR, de Almagro, "torcedor e texedor de seda, el cual vino hace doce años hacia 1510- é ha servido todo el tiempo en la tierra". Se le dieron 60 indios.

DIEGO DE ALMAGRO, que pasó a Tierra firme en 1542 y fué Escribano Público y del Cabildo de la Imperial. Había nacido en el año 1514

ANTONIO DE ALMAGRO, según el cronista Herrera, **ANTÓN**, según Cieza de León, "que se decía hermano" de don Diego de Almagro, fué encargado de la guardia que custodiaba en el Cuzco a Gonzalo Pizarro, Alonso de Alvarado y los que con ellos estaban presos desde su derrota en la batalla de Abancay. Don Diego de Almagro se había marchado hacia la costa y fundaría enseguida la villa de Almagro. Todos los prisioneros se escaparon, sin que nuestro Antón o Antonio lo advirtiese.

DIEGO DE TORRES, de Almodóvar del Campo. En abril de 1534 estaba en el Cuzco, como criado de Hernando Pizarro, cuando los soldados de don Diego de Almagro, vueltos de Chile, penetraron en el Cuzco y pusieron fuego a la casa de Hernando. Le "tiraron una saetada por la boca al dicho Diego de Torres..., de que murió incontinentemente sin confesión".

El 31 de mayo de 1540, Juan de Torres, padre de Diego, presentó en el Consejo de las Indias de Su Majestad un proceso del que proceden estos datos.

GOMEZ PARDO PARRAGUEZ de Daimiel, presbítero, en el Perú. "Otorgó poder a su cuñado Francisco García y al bachiller Gutiérrez, para recibir del doctor Fabián Sánchez de Merlo 300 ducados que le adeuda por censos de 30.000 maravedises que le envió desde el Puerto de Indios para imponerlos en el Jurado de Vecinos de Daimiel. Funda Capellanía

para celebrar dos misas semanales por su difunta madre, con los dineros cobrados de años pasados y casas, viñas y tierras que posee en Daimiel. Dispone que se den 8.000 maravedises a su hermana Inés Gómez Pardo para que viva en casa del Licenciado Sánchez de Merlo y 1.000 a los apoderados". El licenciado Fabián Sánchez de Merlo es uno de los cuatro vecinos que redactaron y firmaron la Relación Topográfica de Daimiel, que por orden de Felipe II se hizo en 1575.

SEBASTIAN DIAZ, de Manzanares. Hay un Real Cédula dirigida por el Consejo a los alcaldes de la Villa de Manzanares, comunicándoles que los justicias de Nuestra Señora de los Remedios del Cabo de la Vela impusieron una multa de 100 ducados a Sebastián Díaz, por no haber venido a España a hacer vida marital con su mujer. Le piden informes porque Díaz alega que no ha venido a España a causa de la muerte de su mujer. Años 1549 -1550.

NUÑO HERNANDEZ RASURA SALAMON, de Membrilla, pasa a Nueva Granada en 1544. Su padre y su abuelo fueron hijos dalgos, Regidores y Alcaldes por la Villa. Fué poblador de Pamplona, peleó en Bogotá y estuvo en el Perú contra el rebelde Hernández Girón. Pasó a Chile con el gobernador Francisco de Villagra. Peleó en la batalla de Mataquito, con Villagra, y en la de Arauco con García de Mendoza. Murio en el Alzamiento general de 1599, así como su hijo Hernando.

FRANCISCO DE LA PEÑA DE LA FUENTE, de Valdepeñas, nacido en 1519. Fué al Perú en 1534. Estaba en Lima cuando los indios cercaron la ciudad. Fué al Cuzco con el Mariscal Alonso de Alvarado, en auxilio de la ciudad. Después de la derrota de don Diego de Almagro en las Salinas fué con el capitán Alonso de Mercadillo a descubrir tierras al interior de Jauja, en donde los indios le rompieron los dientes delanteros. Estuvo después en Chile. Se cruzó Caballero de Calatrava. El 11 de marzo de 1578, a la vista de su información de servicios, se ordena en el Consejo de Indias que sea gratificado.

Quedan muchos documentos que examinar y es poco menos que imposible dar una nómina completa de los manchegos que pasaron a América en el período de su descubrimiento y conquista. Debo hacer constar que he hecho desfilar ante ustedes un número pequeño de valientes, pero que ni aún éstos han sido objetivo directo de estudio o investigación por mi parte, sino que se me han ido brindando y saliendo al paso en mi peregrinar por los caminos de don Diego de Almagro.

Indudablemente, la aventura debió ser el móvil principal de nuestros soldados conquistadores en la primera etapa; pero luego, las noticias que llegaban de Tierra Firme, las visitas a España desde cualquier punto del Nuevo Mundo, el regreso de los que volvían cargados de oro, las remesas a Castilla correspondientes a los quintos reales; las fastuosidad de Hernán Cortés y Francisco Pizarro ante el Rey de Castilla, eran noticias tan halagüeñas que trastocaron el móvil de nuestros emigrantes, que fué la aventura por el oro y el ansia de riqueza lo que los atraía en número tan crecido.

Sin embargo, no todos habían de ser soldados, y así, gran número de los que salieron de España lo hacían en calidad de agricultores, mineros, mercaderes, industriales, etc.

Concretándonos a nuestra provincia de Ciudad Real, debieron tener gran influencia las visitas que Juan de Espinosa hizo a Almagro, en nombre de don Diego; las que enviaba su sobrino Juan Gómez de Almagro y su presencia en la Corte cuando vino a España como procurador General de Chile. Es de suponer que en los tres años que estuvo en España, haría varias visitas a los suyos, a juzgar por los familiares y amigos que le acompañaron a Chile en su regreso. La noticia de las riquezas de América habían invadido a España entera.

Por otra parte las cualidades de nuestros hombres eran magníficas: valientes, esforzados, leales, precisamente lo que allí en América hacía falta. No es de Extrañar, pues, que cuando Juan de Villaverde hubo de reclutar soldados se le mandase "levantar esta tropa en la provincia de Toledo, la Mancha o en cualquier parte de los Reinos de España, con que no sea en el Andalucía". Debía reunir 300 soldados, que no podían tener menos de 18 años ni sobrepasar los 40, y los logró reunir. ¿Cuántos manchegos irían en esta expedición?

El capitán Palomeque, entre otros muchos, llevó a **Alonso Prado**, con su mujer **Ana Ramírez** y cinco hijos, todos de Granátula; a **Juan de Inestrosa**, soltero, de Almodóvar del Campo; a **Pedro Bravo** y a **Pedro Sigler Mercadillo**, solteros, de Almagro, y a los siguientes daimieleños: **Pedro Lozano**, soltero; **Alonso de Olivares**, con su mujer **Ana Ramírez**; a **Gonzalo Hernández**, con su mujer **Ana de Cisneros** y una hija soltera; a **Francisco Halconero**, con su mujer **Marta de Tejada** y sus siete hijos; a **Alonso González**, con su mujer **Inés Lozano** y dos hijas; a **Alonso Gómez Rasero** y su hermano **Juan Alfonso**, solteros; etc., etc., etc.,

He podido comprobar, a lo largo de este peregrinaje con nuestros

hombres en América, cómo, entre todas las nuevas naciones, ha sido Chile la que más aportación manchega ha recibido. Don Diego de Almagro fué el descubridor, el Adelantado, como tanto gustaba ser llamado; su hermano Alvar Gómez Lunel de Sandoval, el primer soldado de la conquista que recibió allí cristiana sepultura, el primer Maestre de Campo de la vanguardia del ejército de la conquista.; Juan Gómez de Almagro, su hijo y sobrino de don Diego, el de la gran hazaña del fuerte de Purén, el capitán del canto IV de la Araucana, el primer Procurador General de Chile para España. Pero aún faltaba algo más, para ligar a Chile totalmente a nuestra Provincia de Ciudad Real.

LOS VALDIVIA

Don Pedro Gutiérrez de Valdivia, conquistador de Chile, fué hijo legítimo de Pedro Gutiérrez de Valdivia y Díaz, que había nacido en Castuera por los años 1470 a 1472 y que se había casado en Almodóvar del Campo, donde vivió algunos años, "con doncella hija de dicho pueblo", probablemente Hernández.

Don Pedro de Valdivia y Díaz, nacido en Castuera en el año 1500, casó en Daimiel con Ana Gómez. Dos años después se trasladaron a Campanario, con su hijo Alvaro. Habiendo muerto su esposa, fué llamado a Chile "por su primo hermano por línea recta de varón, don Pedro de Valdivia"; iba acompañando a doña Marina, esposa del Conquistador, "y se ahogó en el mar".

Según estos datos, que se los debo a un moderno historiador del Reino de Chile, si el Descubrimiento de Chile lo hizo don Diego de Almagro, del corazón de Calatrava, que es lo mismo que decir del corazón de la provincia de Ciudad Real, el gran Conquistador de Chile, don Pedro de Valdivia, llevaba sangre manchega en sus venas, por su madre "doncella de Almodóvar del Campo". Y aún se podría agregar que Daimiel prestó también su sangre a esta rama de los Valdivia, en el matrimonio del primo del Conquistador y de su mismo nombre.

La Mancha en América.

La Mancha en Chile.

Tema sugestivo que ilusiona, apasiona y se adueña de los que sentimos y queremos descubrir a nuestros antepasados.

Este podría ser el prólogo del compromiso que tengo contraído conmigo mismo y que hoy ratifico ante tan digna representación.

DON DIEGO DE ALMAGRO EL MOZO

Pero todo resultaría incompleto si no dedicara mis últimas palabras a quien pudo ser, a quien debió ser el gran Conquistador de Chile, a Don Diego de Almagro el Mozo.

Era hijo natural de don Diego de Almagro y de la india panameña Ana Martínez. Nació en Panamá, probablemente en el año 1518 y fueron sus padrinos Francisco Pizarro y Sebastián de Belalcázar. Fué a la expedición de Chile con el grupo de Juan de Rada. En el Cuzco, después de la batalla de las Salinas, fué apresado con su padre, que se consolaba en su desventura con la compañía de este hijo que era la gran pasión de su vida. Luego le fué negado este consuelo; don Diego el Mozo fué conducido hasta el Gobernador Francisco Pizarro, con la promesa de que sería tratado como a un hijo.

Don Diego de Almagro, poco antes de morir, y en virtud de la Cédula Real que le facultaba a elegir sucesor, había nombrado a su hijo Gobernador de Nueva Toledo bajo la tutela de don Diego de Alvarado, hasta que tuviese más edad. Pizarro le negó esta gobernación y se la dió después a Valdivia; expulsó de su casa al joven Almagro; pasó hambre el heredero de la gobernación de Chile y sus partidarios también pasaban hambre y sufrían escarnio.

"Los de Chile", como se les llamaba entonces, se conjuraron y dieron muerte al Marqués Pizarro, nombrando Gobernador del Perú al joven Almagro, sin que en estos sucesos hubiese tenido la más mínima parte activa, y creyendo que este nombramiento sería aprobado por el Rey.

El Licenciado Vaca de Castro, Presidente de la Audiencia de Panamá, que había sido nombrado árbitro en el Perú, luchó contra el joven Almagro a quien derrotó en la batalla de Chupas.

Don Diego el Mozo había enviado "embajada a Vaca de Castro requiriéndole para que no usase de la fuerza contra él, y se contrajese a su oficio de Gobernador hasta que recibiesen órdenes del Rey y de las cuales no se apartaría él ni un punto". Y a sus capitanes les había dicho: "que por la fidelidad que su padre tuvo al Rey, y el autoridad con que en aquel reino estuvo, y por no apartarse del amor que al servicio real tenía, le dieron aquella desastrosa muerte, que a todos era notoria; y que demás de esto, muchos de los presentes habían pasado, juntamente con él, las calamidades y trabajos que bien se podían acordar, por la crueldad de don Francisco Pizarro, que fueron tantas y tales que muchas veces, por salir de aquellas desventuras, deseó la muerte que el Marqués trataba de darle; por lo cual y por vengar la de su padre, le había prevenido: Y porque nadie pensase que aquello tenía que ver con el servicio del Rey, en el cual pensaba permanecer, ni que se entendiese que el tratar del gobierno era cosa de su deservicio, pues que habiendo dado a su padre el del Nuevo Reino de Toledo, y él se lo había renunciado, con facultad del Rey que para ello tenía, les rogaba que viesen las provisiones que trataban de ello; porque su

intención no era apartarse en nada de lo que por ellas el Rey le concedía, sino entrar en la posesión de lo que sus enemigos le habían usurpado, para servir al Rey; porque Vaca de Castro no llevaba poderes para quitarle la gobernación...”

Condenado a muerte, “se confesó y marchó al patíbulo con elevado ánimo y entereza, queriendo impedir le vendaran los ojos”.

En los últimos momentos dijo “que pues moría en el lugar en que fué degollado su padre, le enterrasen en la sepultura adonde estaba su cuerpo, le echasen debajo y pusiesen encima los huesos de aquél”. Su cadáver pasó al convento de la Merced, depositándose en el mismo sepulcro, como había pedido. Era sábado, y en sábado fué también degollado su padre. Hay quien asegura que sirvió para ambos el mismo verdugo.

“Fué don Diego de Almagro el Mozo de pequeña estatura y había cumplido 24 años: su valor era sobresaliente y su voluntad muy resuelta para proceder en casos extremos y según convenía a sus propósitos”, dice de él un historiador.

Don Diego de Almagro, el Adelantado de Chile, había muerto por defender lo que le pertenecía, el Cuzco, y en ningún momento se le puede acusar de traidor: fué el más fiel servidor que tuvo el Rey en el Perú. Le había entregado su valor, su lealtad, su vida. Su hijo don Diego el Mozo tampoco puede ser tildado de traidor: la lucha que sostuvo contra Vaca de Castro no fué un alzamiento contra la autoridad real; combatió con los suyos por el derecho que tenía a la tierra conquistada por su esfuerzo y el de sus progenitores. Buena prueba de ello es que el joven Almagro se ofreció a deponer las armas si se le reconocía el derecho que tenía al Gobierno de Chile, del cual le había desposeído el Marqués Pizarro. Pero Vaca de Castro no vino en ello.

.....

Temo haberme excedido y haber abusado de tan digno auditorio. Por éso, ya termino: pero lo hago empeñando mi palabra y mi esfuerzo, agradeciendo nuevamente la generosidad de quienes así me han honrado. De ellos espero el aliento y la ayuda que me han brindado.

Y de Vds., señoras y señores, la disculpa por mi torpeza al intentar demostrarles con algunos retazos de su historia, el puesto de honor que ocupa nuestra Provincia de Ciudad Real en el descubrimiento y conquista de América.

He dicho.